



HISTORIA Y FUENTE ORAL

Cecilia Moya



UNIVERSITAT DE BARCELONA
PUBLICACIONS



Ajuntament de Barcelona
Arxiu Històric de la Ciutat



ICD
INSTITUT CATALÀ DE LA DONA
Generalitat de Catalunya
Departament de la Presència

PERSPECTIVAS ACTUALES DE LA HISTORIA ORAL

LOS NUEVOS CAMINOS DE LA HISTORIA ORAL EN AMÉRICA LATINA*

Eugenia Meyer

97

En tiempos diversos y compases diferentes, el auge de la literatura latinoamericana, a partir de los mexicanos Juan Rulfo y Carlos Fuentes, los argentinos Jorge Luis Borges y Julio Cortázar, el colombiano Gabriel García Márquez, el peruano Mario Vargas Llosa y el brasileño Jorge Amado, por citar sólo a unos cuantos, planteó nuevos universos, donde lo real maravilloso surgía como una visión de los americanos, que, al sur de los Estados Unidos, tenían historias y herencia propias.

La América Latina y caribeña tiene sus raíces y sus desarrollos particulares. Para nosotros la historia es, desde siempre, práctica común. Nuestros pueblos aborígenes, portadores de la tradición oral transmitida de generación en generación, legaron a los conquistadores un arsenal de información, conocimientos, costumbres, en fin, de historia. Estos últimos, basados en los libros pintados, los códices y luego en las crónicas, recogieron la historia hablada y los relatos de los informantes indígenas. Desde entonces y hasta el presente, el desarrollo de la práctica histórica adquiere características propias y dimensiones insospechadas.

Generalmente la atención del historiador se había centrado en las herramientas y en la tecnología, más que en el método y el contenido. Privilegiábamos lo político, sin dar lugar a reflexiones que no fuesen las asumidas por la tradición épica, por las herencias positivistas de una historia de grandes acontecimientos y narrativa de gobernantes, que no de gobernados; casi una hagiología del poder.

Despojados finalmente de los espejismos rankianos de contar sólo lo que «verdaderamente había sucedido», se ensanchó la base de la historia, se aumentó su espacio de estudio, se utilizaron nuevas materias primas y se ofrecieron nuevos mapas de conocimiento. Esta concepción significó entonces una alternativa a la historia tradicional. Si bien no se pretendió eliminar de tajo el recuento de los grandes acontecimientos, se buscó restar erudición a esa historia de bronce para sustituirla por una más accesible, más humana, que recuperara lo cotidiano y los procesos de larga dura-

*. Ponencia presentada en la *International Conference on Oral History* Columbia University, Nueva York, 20 de octubre de 1994.

ción; que permitiera reflexiones sólidas sobre las funciones tanto exploratoria como analítica y expresiva.

Ahí quedó inserta, hace más de veinte años, la historia oral, entendida como una ruptura con los silencios, una coherencia con el relato espontáneo de los protagonistas, con la cotidianidad individual y colectiva, en donde lo válido son los tiempos de la vida de cada individuo y sus funciones en la historia total.

Muchas generaciones de historiadores latinoamericanos, formados en los sesenta y setenta en las escuelas europeas, la de los *Annales*, en la de la historia social inglesa, etc., habrían de adecuar sus conocimientos a la práctica coyuntural y circunstancial para, finalmente, crear formas propias de llevar a cabo su tarea. Fue éste un quehacer que no puede desprenderse de influencias y de prejuicios; una historia que se entendió, precisamente en esas dos décadas azarosas, como de activismo político y, por ende, se tornaría de denuncia, en historia social. Era una historia comprometida y militante.

Hasta cierto punto, era una forma de rebeldía, para hacerse y asirse de formas diversas y hasta nuevas que permitieran la aproximación a la historia total. En nuestra parte del continente se trataba de escuchar a los protagonistas anónimos; se trataba, por lo tanto, de atender otras voces, otros recursos, otras fuentes. Se pretendió pensar la historia próxima de manera distinta.

Metodológicamente se abrieron caminos diversos, que condujeron a una historia mucho más comprometida con la historia social, con la de los actores sociales relegados en las crónicas e historias oficialistas o por encargo fuese institucional o gubernamental.

El binomio historia popular-historia oral abarcó tantos campos como manifestaciones culturales imaginemos. Empezamos a hacer referencia a la vida en común, a la educación, al arte, a la comunicación, a la cotidianidad, a las mentalidades y, más recientemente y a tono con la modernidad, a los géneros.

Era, pues, un esfuerzo por romper lanzas a favor de la *otra historia*, apoyada en una metodología más adecuada a la idiosincracia latinoamericana, inserta en una corriente acorde con las especificidades y el quehacer nacional de cada uno de nuestros pueblos. Se recuperaba la información de campesinos y obreros, de mujeres y hombres comunes, y sólo en pocos casos de las oligarquías o las élites. Empezaron a proliferar temas diversos, al tiempo que los pueblos hermanos de América Latina intercambiaban experiencias. Las relaciones fructificaron, establecimos seminarios metodológicos, intercambiamos experiencias. Creamos nuestras propias reuniones y revistas especializadas. Así también hicimos acto de presencia a nivel internacional. Basta revisar las memorias de reuniones como las de Barcelona y Oxford así como la habida en México, en septiembre de 1988, o bien la reciente de Siena.

Por otra parte no puede soslayarse el esfuerzo de los historiadores «hispanolusitanoparlantes» por conformar una parcela propia. Así surgieron revistas especializadas que dedicaban una sección a este tema específico, como *Secuencia. Revista Americana de Ciencias Sociales* y, más concretamente, *Historia y Fuente Oral*. Así

también se produjeron algunos catálogos que inventariaron los trabajos y los esfuerzos diversos. En muchos casos, imposibles de numerar aquí, las investigaciones dieron como producto final exitosos libros, cuyo listado va en aumento considerable.

El cambio en nuestros países, el fin de las guerras sucias, de las dictaduras y de buena parte de las guerrillas latinoamericanas, obligan a reflexionar sobre el inventario y la proyección del trabajo histórico y en especial de los nuevos caminos de la historia oral.

En los dos decenios anteriores, en países como México, Brasil, Puerto Rico, Cuba, Venezuela, Perú, Chile o Argentina se asumió con pasión febril la idea de rescatar los testimonios de los *sin historia*, o bien, como en el caso de la Nicaragua sandinista, donde se planteó un monumental proyecto de rescate testimonial, a la vez que se lanzaban a la campaña alfabetizadora, lo cual produjo miles de horas de grabación, sin orden ni método alguno, generando así una anarquía total y perdiendo, de hecho, todo ese arsenal de información.

Hoy día las cosas han cambiado sustantivamente. Por principio hemos dejado de argumentar y defender a la historia oral. Hemos dejado de buscar su legitimidad, casi implorante. Ya no hay que romper lanzas, al combatir por ella; ya no hay confrontaciones. Ya no tenemos que superar el complejo de inferioridad; ella misma, por derecho propio, se ha ganado ya su espacio. La sacrosanta academia pragmáticamente le reconoce su lugar y así las universidades consideran e incluyen como *item* en su *pen-sum* académico a la historia oral; los seminarios proliferan, crecen los archivos, las tesis aumentan en número, de manera similar al flujo de recursos.

Hemos dejado igualmente de identificar a la historia oral con la historia de los marginados, de las clases subalternas, de los que no han tenido voz en la historia. Hemos accedido, en cambio, a nuevas posibilidades y a sendas poco exploradas. Todas ellas proponen nuevas posibilidades para América Latina. Las concentraciones urbanas, los nuevos actores sociales, tienen voz y son escuchados. Ante el anárquico crecimiento de las ciudades, producto del subdesarrollo y el desempleo, del abandono del campo, el fracaso del desarrollo económico en el campo, el desplazamiento de la gente hacia las ciudades, se crean megalópolis y cinturones de miseria. En consecuencia, los distintos actores sociales empiezan a escucharse. Temas como la violencia doméstica, el uso y abuso de los niños de la calle, de los niños trabajadores; el acoso, abuso y violencia sexual y otros, se significan como una necesidad patente por autoconstruir discursos históricos. Los habitantes de estas grandes ciudades expresan su interés por preservar orígenes y afianzar identidades.

Si en el pasado parecía notorio el énfasis por salir con la grabadora al campo, a zonas marginadas, a lugares distantes, hoy, buena parte de los proyectos incumben a la gente de las ciudades. Hay interés por rescatar las formas de organización de barrios; los impactos culturales que tienen en buena parte de la población mutante, su integración a la acelerada urbanización, sus estructuras organizativas, etc.

Se recupera el interés por las organizaciones no gubernamentales, grupos religiosos, asociaciones patronales, cooperativas, sindicatos, y estos nuevos esfuerzos

se traducen en recuperar formas diversas de reflexión sobre el desarrollo y, nuevamente, se retoma la idea de que la construcción de la historia oral genera y desarrolla una concientización histórica y política. Los cambios obligan a preservar la identidad. A partir del surgimiento de los nuevos problemas de este fin de siglo latinoamericano y caribeño, se han tenido formas y modos particulares de historiar nuestro presente, que, quizá, como nunca antes, tienen el atributo de la originalidad y no de la adaptación o adecuación metodológica de teorías surgidas en otras partes.

En buena medida, la sociedad civil es la interesada en el rescate de la información, en la preservación de los materiales y en ser como grupos, ellos, el centro de movimientos tendientes a recuperar sus historias. Por ello el financiamiento fluye con rapidez, y no siempre de fondos gubernamentales, sino de cooperativas, sindicatos, grupos políticos, etc.

Parece importante insistir en que se restableció un diálogo interrumpido con la práctica antropológica, que, tan vinculada en sus orígenes a la antropología social norteamericana, era vista con reservas. Ello permitió retomar un camino andado, así como fortalecer los vínculos ciertamente indisolubles entre historia y antropología. El pasado no se agota, se encamina al presente. No son tiempos separados; las líneas cronológicas se desvanecen y lo que hoy es presente, mañana será pasado y lo que ayer fue presente hoy es pasado. En consecuencia todo es historia.

Nuevos temas, y perspectivas aparecen en el panorama: un interés por recuperar la memoria de los múltiples exilios; por reconstruir los discursos de las élites políticas a partir de los testimonios directos, sea en Argentina, Uruguay o Paraguay.

Con la desaparición de los dos polos hegemónicos y la concentración del poder en uno sólo, el de los Estados Unidos de América, las perspectivas para América Latina y el Caribe han cambiado. Una nueva visión, un nuevo término domina el ambiente. Frente a la amenaza de las balcanizaciones, que dolorosamente se presentan luego del derrumbe del bloque socialista, hoy día se nos plantea, en esta parte del mundo, la necesidad de la globalización.

Para el caso más patente, el de México, con el Tratado de Libre Comercio de Norteamérica (TLC-NAFTA), de repente nos encontramos con una identidad nueva, o al menos no asumida: el de pertenecer a la parte superior del continente. No rechazamos la nueva filiación, tan conveniente a los proyectos económicos neoliberales. Y, si bien es cierto que estamos dispuestos a negociar todo, o casi todo con los vecinos del Norte, sean los EUA o Canadá, hemos aprendido de estos últimos, como llamada de atención para el futuro, la lección fundamental de no negociar la cultura. La historia insiste en aportar siempre elementos y darnos lecciones de sabiduría. Al respecto cabe mencionar tan solo el caso de los chicanos y de las minorías latinas en los Estados Unidos, la certidumbre de su firme determinación por mantener y reconocer sus orígenes; la persistencia de sus valores culturales e incluso, como nos los está haciendo ver en las últimas semanas la lucha política interna, que decanta en expresiones y proyectos fascistas, la necesidad de coadyuvar al respecto a los mexicanos migrantes al territorio del sur de California. Los mexicanos somos parte de la

América española y portuguesa. Seguimos defendiendo la idea de nuestra América, como bien la definió el cubano José Martí, y naturalmente nos oponemos y nos oponemos a la perspectiva anquiladora del *fin de la historia*, propuesta por Fukuyama, tan sospechosamente cercano al Departamento de Estado y tan ajeno a la tradición historiográfica humanista norteamericana.

Por ello resulta pertinente ver hacia adelante, avizorar los nuevos caminos. La historia, como casi todas las ciencias sociales, toma rumbos diversos a partir de perspectivas diferentes. Los anquilosados argumentos de historias de bronce, de historias oficiales empiezan a ser borrados. Se perciben giros renovadores en los cuales todos hemos tenido que ver. De una historia englobadora, optamos por historias parciales, regionales, microhistorias. De una versión histórica absolutista, nos pronunciamos por la aceptación de las historias que recuperen en verdad lo pluriétnico y multicultural de nuestros pueblos y conformen, en última instancia, las historias nacionales.

Nuevos problemas teóricos y epistemológicos abarcan tanto a la historia en su totalidad, como a la práctica de la historia oral. Se busca ya un maridaje de las ciencias sociales, más acorde con la realidad; tendremos que asumir la interdisciplinariedad, y reconocer que, tal y como señalaba Durkheim, lo social se explica únicamente por lo social. En ese sentido, la historia total recuperará lo social junto con las categorías políticas y económicas. La historia quizá dejará entonces de ser una profesión de hombres sabios, para tornarse en un oficio comprometido.

Las historias de vida –materia prima de la historia oral–, podrán ocupar su sitio en la historia total, no sólo como parte de una historia sociologizada. Pero también debemos reparar en el papel del historiador que rescata testimonios de historia oral, que los salvaguarda y los emplea en su trabajo de interpretación y análisis íntimamente ligado con el compromiso y la militancia, los historiadores latinoamericanos y caribeños están en camino de ser, hoy día, más independientes tanto de los centros del poder, como de las diversas experiencias, exitosas o fallidas, del quehacer y el hacer político cotidiano en nuestros países.

Si hiciéramos una proyección del movimiento latinoamericano y caribeño de historia oral, podríamos quizá pronosticar, que no vaticinar, una proliferación de proyectos institucionales, más que individuales. Asimismo, una tendencia a recuperar la historia reciente; quizá también aflore un discurso más equilibrado de nuestras situaciones particulares. La era de confrontaciones y denuncias, la del rescate de la experiencia en clandestinidad, es parte ya de una historia que hemos dejado atrás. Surge en consecuencia una preocupación diferente por recuperar las historias y los balances de los movimientos guerrilleros; por salvaguardar la memoria, los juicios de valor del ajuste de cuentas, de los saldos de aquellas épocas.

Así también los protagonistas originales de nuestras tierras, los indígenas, aparecen en el nuevo discurso nacional. Quizá ellos han obligado a ver de frente la problemática contemporánea: a despertar del Nirvana en que un cómodo discurso oficial nos había colocado. Así, el caso de los indígenas de Chiapas, o el de Guatemala,

o el del Perú se convierten en tema presente y sustantivo del desarrollo continental.

La proliferación de proyectos regionales o locales es significativa, como también la aceptación académica e institucional. Empezamos a considerar proyectos sobre los otros actores sociales, las élites, como es el caso de dirigentes políticos, diplomáticos o legisladores.

Hoy día los proyectos son institucionales más que individuales. No hay tanta prisa en arrancarle al tiempo la memoria hablada, no se trata ya de acumular horas y horas de grabación, que quizá nunca sean transcritas. El trabajo se torna más sólido metodológicamente. Sus estructuras son más recias y los tiempos han cambiado. Finalmente enterramos los marcos teóricos y los aparatos críticos.

Para América Latina, la nueva realidad genera el paradigma de construir instrumentos de análisis de esa realidad. La democracia adquiere dimensiones nuevas y, por ende, perspectivas diferentes para el historiador latinoamericano. Democracia en la práctica política diaria, pero democracia también en la práctica profesional, en los campos de análisis, en el uso y creación de fuentes, en los privilegios del quehacer social. Si hay mayor libertad, también tenemos mayores posibilidades de hacer a un lado los lastres, las dependencias teóricas y dogmáticas que nos constreñían en el pasado. En consecuencia, la historia oral debe comprometerse como vehículo de una sociedad más demandante.